«Cristo vive en mí»: es el verdadero desafío de la evangelización.

Francesca Pratillo, fsp

«La evangelización no debería consentir que alguien se contente con poco, sino que pueda llegar a decir plenamente: "*Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*"» (Gal 2,20). Con estas palabras incisivas, Papa Francisco exhorta a una revisión radical de la evangelización. Dice que el primer anuncio del Evangelio debe provocar también un camino de formación y maduración. La evangelización también busca el crecimiento, que implica a cada persona a tomar en serio el proyecto que Dios tiene sobre ella. Cada ser humano necesita más y más a Cristo (cf. EG 160*)*. Son palabras pesadas, fuertes y llenas de significado que no pueden dejarnos indiferentes. La Iglesia existe para anunciar el Evangelio, lo saben todos… pero tal vez no todos saben que "no basta". No basta hablar de Jesucristo, ¡demasiado poco! No basta hacer lindas conferencias sobre el Evangelio, no basta escribir y anunciarlo en la televisión, no basta hablar de él en las redes sociales. ¡No basta!

La evangelización, es decir el anuncio a todos, claro y decidido de Jesucristo muerto y resucitado, será tal en la medida en que «cada persona tome en serio el proyecto que el Señor tiene para ella». Anunciar el Evangelio, hoy más que nunca, significa anunciar al hombre y a la mujer de hoy "su vocación fundamental": llegar a ser Jesús. Y no sólo anunciarla, sino acompañarla; y no sólo acompañarla, sino dar la vida para que al menos alguien pueda llegar a decir como el apóstol Pablo: «Cristo vive en mí». Este es el verdadero desafío de la evangelización. Jesús no ha sido solamente el Unigénito, sino también el Primogénito entre muchos hermanos, ya que todos son llamados por el Evangelio a convertirse en la imagen de su Hijo (cf. Rom 8,29). Dios es Padre de todos, porque todos son llamados a ser sus hijos en Jesús. Revivir los sentimientos del Hijo, hacer visible la misión de Jesús, haciendo de la propia vida pan partido y vino derramado para la salvación del mundo, es la característica fundamental del cristianismo.

Por lo tanto, la vocación (es decir, aquel elemento que mantiene unidos a Dios que llama y a la persona llamada y la relación viva entre ellas) es el corazón mismo de la nueva evangelización, es el llamado de Dios al hombre para una nueva era de verdad y para una nueva fundación ética de las culturas. Pero ¿cómo puede la evangelización de la Iglesia decir plenamente a sus hijos: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí»? Haciendo de la Palabra de Dios el centro unificador y propulsor de cada actividad (cf. EG 174). Toda la evangelización está fundamentada sobre la Palabra escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Esto requiere que toda la comunidad eclesial pueda crecer cada vez más en familiaridad con la Palabra de Dios, según el principio formulado por Gregorio Magno: «*Divina eloquia cum legente crescunt*», es decir: las palabras de Dios se elevan paralelamente con el crecimiento de quien la escucha. El lector comprometido en una relación con el Señor a través de la asiduidad con las Escrituras, ve cambiar su experiencia de vida, la ve crecer y llegar a ser un elemento decisivo para la comprensión misma Palabra de Dios. En cada palabra de la Escritura brillan muchas luces que como estrellas son llamadas a iluminar el camino de los hombres en la oscuridad del mundo. Y fue así que en el camino hacia Emaús los dos discípulos que se sentían decepcionados y oprimidos por la tristeza, sintieron arder su corazón de alegría, gracias a un extranjero que había abierto en ellos el sentido de las Escrituras.